

CAPÍTULO I

COLEGAS EN LA CANCELLERÍA DEL REICH

Febrero de 1945: La Wilhelmplatz está fría y desolada. Dondequiera que uno mire, la vista se topa con los restos calcinados de paredes, marcos de ventanas vacíos, detrás de los cuales se extienden hectáreas de ruinas. Del deslumbrante palacio barroco de la antigua Cancillería del Reich, símbolo de la era guillermina, solo queda la fachada gravemente dañada. El jardín delantero, antes decorado con parterres, está cubierto de escombros. La única fachada que queda pertenece a la nueva Cancillería del Reich, con su pequeño balcón rectangular donde Adolf Hitler una vez se asomó para recibir el aplauso fanático de la población de Berlín. Aún potente y amenazante, con el estilo austero de la Alemania de Hitler, la enorme fachada de la Cancillería del Führer se extiende desde la Wilhelmplatz a lo largo de toda la Voss Strasse hasta la Hermann Goering Strasse. Los soldados del Batallón de la Guardia de Berlín, muchachos altos y jóvenes seleccionados personalmente, como los que hace tiempo han desaparecido de las calles de las ciudades alemanas, todavía se mantienen sobre sus plataformas de madera y presentan armas en cuanto un oficial se asoma. Las cubiertas de hierro del gran mecanismo elevador, que clausuran la entrada a los refugios en caso de ataque aéreo, están medio abiertas. Aquí, durante los últimos años, noche tras noche, cientos

de niños de Berlín con sus madres han encontrado protección contra las bombas como «huéspedes del Führer». Pero hace unas semanas, el propio Hitler se ha trasladado a esa ciudad subterránea de refugios.

Es la primera vez que soy admitido en la llamada Conferencia del Führer, una reunión diaria de las tres fuerzas —ejército de tierra, fuerza aérea y marina— con Hitler. Los temas de estas conferencias son los eventos y decisiones concernientes a la conducción de la guerra por tierra, mar y aire. Hoy voy a ser presentado.

Nuestro gran Mercedes se detiene frente a las enormes columnas cuadradas de la entrada principal de la derecha, la entrada para los militares. La Cancillería del Reich tiene dos entradas, simbólica y estrictamente separadas. El portal de la izquierda está reservado para el partido, el de la derecha para las fuerzas armadas. El general Guderian, jefe del Estado Mayor del Ejército, su ayudante de campo, el mayor Freytag von Loringhoven, y yo salimos del coche. Los dos guardias presentan armas. Saludamos, subimos los doce escalones —contando cada paso, siento como si fueran pasos importantes en mi destino— y entramos por la pesada puerta de roble al interior de la Cancillería, que es mantenida abierta por un ordenanza.

El espacioso vestíbulo, a la luz de unas pocas lámparas tenues, parece aún más sobrio y frío de lo habitual. Con el aumento de los ataques aéreos sobre Berlín, los cuadros, alfombras y tapices han desaparecido. Muchas ventanas grandes tienen el cristal reemplazado por cartón o madera. En el techo y en una de las paredes se ven largos y anchos orificios. En dirección a la antigua Cancillería del Reich se ha colocado una nueva partición de

contrachapado. Un sirviente uniformado pide mi pase. Como no tengo ni eso ni documentos de identidad adecuados, mi nombre es verificado en el gran libro de citas; luego se me permite pasar. El barón³ me conduce unos pocos pasos hasta la habitación del ayudante de campo del Ejército, el teniente coronel Borgmann, y me presenta a este, preguntando al mismo tiempo si la conferencia tendrá lugar en el estudio de Hitler o en el refugio. Como no hay alarma aérea en este momento, se ha elegido el gran estudio; cuando hay una alarma se utiliza el refugio bajo la Cancillería.

Para llegar a nuestro destino, tenemos que caminar por varios pasillos y habitaciones, ya que el camino directo ha quedado inutilizado durante algún tiempo, pues partes de la Cancillería están gravemente dañadas por las bombas. Así, por ejemplo, la gran Sala de Honor ha sido prácticamente destruida por los bombardeos. Al principio de cada pasillo, hay guardias de las SS, y cada vez tenemos que presentar nuevamente nuestras credenciales. Sin embargo, el ala de la Cancillería que contiene el estudio principal está completamente intacta, una de las pocas partes del gigantesco edificio que todavía está en pleno uso. El suelo del largo pasillo es liso y pulido, las paredes todavía están decoradas con pinturas, y a ambos lados de las enormes ventanas cuelgan largas y pesadas cortinas.

Frente a la antesala del gran estudio hay otro control, aún más estricto. Aquí están de pie varios oficiales y guardias de las SS, armados con subfusiles. El general, el mayor y yo tenemos que despojarnos de nuestras armas.

3. Se refiere a Freytag von Loringhoven.